

Hugo Silva

Endeiza

Hugo Silva Endeiza era del tiempo en que los grandes periodistas recibían los honores en vida. Obtuvo títulos, cargos, responsabilidades; ganó el Premio Nacional de Periodismo y conquistó, sin mediación de privanzas, un sillón en la Academia de la Lengua. Su rica historia es la historia de una leyenda. La leyenda de los hermanos Silva Endeiza: Víctor Domingo, Jorge Gustavo, Hugo. Hugo Silva sobrevivió a su tiempo. Conoció la tragedia de sobrevivir al tiempo que nos es dado. Se inició en las tareas del periodismo artesanal y columbró desde su retiro el advenimiento del periodismo por computadoras. Siempre pensó que el periodismo representaba una acción de arte. De pronto se encontró con que se hablaba de la ciencia de las comunicaciones.

Lector de todos los clásicos, escogió, para su especial empeño de testigo y cronista de su época, el modelo latino de Julio César. Su prosa maduró cuando don Eliodoro Yáñez reunió en torno a su enorme plan de "La Nación" a algunos de los más brillantes escritores jóvenes de Chile en los días de la Primera Guerra Mundial: Dávila, Lartundo, Garfias, Jara, Edwards Bello... En esta constelación de ingenios, Hugo Silva aplica con notable propiedad, acaso en respuesta a las enseñanzas tradicionalistas de "El Ferrocarril", el uso de la frase corta. Andando los años, fundada la experiencia del estilo, retomaría la frase larga, de estirpe hispánica, para hacer de sus lecturas anglosajonas y de su amor por los maestros del tipo de Larra, de Pérez Rosales y de Jotabeche, un continuo reverbero de documentación exacta pronunciada en oraciones de compleja estructura, pero de inigualable belleza personal.

"Comentarios de César" llamó, a su modo, estas pequeñas joyas labradas, singularmente, con el material de apariencia innoble que sedimenta la actualidad de cada día.

Como el D'Ors, el Xenius, del célebre "Glosario", Hugo Silva descubrió el diamante en la piedra bruta. Fue más lejos. Trocó la forma en idea. Por sobre sus ideas, en efecto, o mejor, por sobre sus inclinaciones ideológicas, de raíz fuertemente conservadora, pulió, día a día, como los artífices del Renacimiento, una realidad novedosa.

Obsérvense las circunstancias en que inicia su carrera este hombre y los avatares que le aconsejan el retiro. Cincuenta años median fácilmente entre uno y otro episodios. El "yo" ha dado paso al "nosotros"; el individualismo al colectivismo; la democracia liberal a la democracia directa: el autoritarismo señero de la persona (ahí está el ejemplo de Portales) al imperio de los grupos políticos que ejercen la presión de la fuerza. Nada de esto podía agradarle al hombre formado en la escuela estilística de Larra, de D'Ors, en el pensamiento doctrinario de Burke.

No morimos, sin embargo, con nuestro retiro. Apenas dejamos de ser actores. La presencia de Hugo Silva Endeiza se percibe en el tono de su ausencia. Al leer el artículo cotidiano, firmado por Nadie, desde la Nada, recordamos el matiz de su voz, la forma de su palabra. Ello nos obliga a superar, con alardes conservadores, los ademanes exploratorios de la vanguardia. ¡Es inútil plantear la necesidad del olvido cuando se ha tenido tanto! Somos de hoy, es cierto, nuestro tiempo está aquí, pero el ayer nos anuda de nuevo a todo proyecto de construcción histórica.

El cronista de la hechura de Hugo Silva no es la vida que pasa... Es la vida que queda, aun muriéndose de muerte natural la propia vida.

No estamos desposeídos de Hugo Silva porque un día se alejó de los diarios o porque hoy se ha marchado del mundo de los hombres.

No nos lleva en su viaje. Nos acompaña en el nuestro. Frente al triunfo del cero absoluto, se nos abre el horizonte del infinito.

En Hugo Silva evocamos la lección de modestia de González Vera: la fuente de eternidad que se esconde en el simple guijarro.